

Discernimiento cristiano del fenómeno migratorio

Rafael Luciani *

Profesor del Boston College y de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas)
Email: lucianir@bc.edu

Recibido: 17 de marzo de 2017
Aceptado: 30 de marzo de 2017

RESUMEN: Las dimensiones planetarias del fenómeno migratorio hacen preguntarse una vez más por el paso de Dios por nuestros pueblos y, según el Vaticano II y las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, esa presencia debe propiciar y respetar la paz, la diversidad, la democracia, los derechos humanos y el desarrollo de los más desfavorecidos. La movilidad de millones de adultos, niños y ancianos no puede ser vista como un problema, sino como un desafío para la comunidad política, para la sociedad civil y para la Iglesia, siendo necesaria la coordinación de todas esas fuerzas para ofrecer una respuesta rápida y eficaz a tan complejo fenómeno. Es el carácter fraterno del ser humano lo que permitirá superar la visión economicista de la sociedad, la cual ha hecho que el modo de valorar lo material sea transferido al modo de tratar a los sujetos humanos. La opción civilizatoria cristiana, que aboga por el bien del otro a partir del criterio del bien común, apuesta por la fraternidad, apuesta por el futuro de todas estas personas que —a pesar de haber sido excluidas del sistema internacional— también tienen derecho a un futuro digno y con oportunidades. Este compromiso por mejorar las condiciones de vida de cada persona, por humanizar nuestras relaciones con los migrantes e incorporarlos en una nueva familia, en un nuevo pueblo, es fundamental para la identidad y la misión de la comunidad eclesial.

PALABRAS CLAVE: Vaticano II, *interpretatio temporis*, fenómeno migratorio, deshumanización vs. fraternidad universal, globalización e interculturalidad, Derechos Humanos.

* Libro más reciente: *La teología del pueblo y el Papa Francisco*, PPC, Madrid 2016.

1. **Discernir los nuevos signos de los tiempos**

Tanto el Vaticano II como las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano entienden que toda reflexión cristiana de la realidad debe partir de la consideración de los signos de los tiempos que caracterizan a cada época. La *interpretatio temporis* cristiana se pregunta por el paso de Dios en medio de nuestros pueblos (*Gaudium et Spes* 4.11). Según el Vaticano II esta presencia se da en todos aquellos que propician la paz, el reconocimiento de la diversidad sociocultural, la cultura política de la democracia, la defensa de los derechos humanos y el desarrollo de los pueblos pobres. Estos criterios permiten discernir las condiciones que nos habilitan o no para realizarnos como sujetos humanos en esta época global.

Hoy nos encontramos con el imperativo de discernir un nuevo signo de dimensiones planetarias. Es el caso del fenómeno migratorio. Así lo describe el papa Francisco en su más reciente mensaje para la *Jornada mundial del emigrante y del refugiado*:

«Hoy, la emigración no es un fenómeno limitado a algunas zonas del planeta, sino que afecta a todos los continentes y está adquiriendo cada vez más la di-

mensión de una *dramática cuestión mundial*»¹.

Este fenómeno no puede ser visto como un problema que surge de la movilidad que hacen las personas hacia otros países distintos al de origen en razón de la necesidad laboral². Hoy en día se trata de flujos migratorios masivos y forzados que afectan a millones de personas poniendo en alto riesgo sus vidas, especialmente la de los niños y las mujeres que son siempre los más vulnerables en estas situaciones forzadas. Así lo explicó Francisco en su discurso a los participantes del *Foro internacional sobre migraciones y paz*:

«los flujos migratorios contemporáneos constituyen el más vasto movimiento de personas, incluso de pueblos, de todos los tiempos. Ante este escenario complejo, siento el deber de expresar una

¹ Continúa el texto advirtiendo que «no se trata sólo de personas en busca de un trabajo digno o de condiciones de vida mejor, sino también de hombres y mujeres, ancianos y niños que se ven obligados a abandonar sus casas con la esperanza de salvarse y encontrar en otros lugares paz y seguridad». FRANCISCO, *Emigrantes menores de edad, vulnerables y sin voz. Mensaje para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado*, 2017.

² «La migración debe de ser vista como un fenómeno social y no como una emergencia». FRANCISCO, *Mensaje ante la crisis de menores migrantes, en el Coloquio México-Santa Sede*. 14 de julio de 2014.

preocupación particular por la naturaleza forzosa de muchos flujos migratorios contemporáneos, que aumenta los desafíos planteados a la comunidad política, a la sociedad civil y a la Iglesia y pide responder aún más urgentemente a tales desafíos de manera coordinada y eficaz»³.

Las huellas de este fenómeno las encontramos luego en el tráfico y la esclavitud de niños, la hambruna masiva, los cientos de miles de inocentes que mueren anualmente a causa de guerras, violencia callejera o incluso por no conseguir las medicinas necesarias para la atención de sus enfermedades. Estos sucesos no pueden ser reducidos a estadísticas, pues en ellos claman las historias de vida de millones de personas a quienes se les niega la posibilidad de existir, de tener condiciones humanas dignas. Estamos presenciando, pues, *un morir ya en vida* –que tantas veces tiene lugar aun antes del nacimiento– al estar condenados a un futuro sin porvenir ni bienestar. Esto revela que estamos transitando por una *mutación de la propia subjetividad humana*, el crecimiento de un talante indolente que nos está deshumanizando e incapacitando para vivir fraternalmente como sociedad.

³ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el foro internacional sobre «Migraciones y Paz»*, 21 de febrero de 2017.

Zygmunt Bauman ve aquí un grave problema ético que surge como consecuencia de la globalización⁴, cuando ésta sólo es pensada en función de la imposición de una visión consumista y homogénea de la sociedad. Como el caso de las grandes corporaciones que extraen los recursos naturales de los países más pobres sin invertir en el desarrollo integral de sus habitantes. Los procesos globalizadores pudieran asumirse como una oportunidad maravillosa para construir la fraternidad universal entre los pueblos⁵. Esto es posible si fomentamos una *cultura del encuentro* que se traduzca en una acogida pastoral⁶ del otro, desde la hospitalidad y la solidaridad, para superar el miedo⁷ al extranjero y promover la

⁴ «Refugiados, desplazados, solicitantes de asilo, emigrantes sin papeles, son todos ellos los residuos de la globalización». Cf. Z. BAUMAN, *Vidas desperdiciadas*, Paidós, Buenos Aires 2005, 81.

⁵ *Declaración Universal de los DD.HH.*, art. 1.

⁶ Cf. Pontificio Consejo de la Pastoral para los Emigrantes e Itinerantes, *Instrucción Pastoral «Erga Migrantes Caritas Christi»*, 2004, Presentación, n. 1

⁷ «El miedo de que se produzcan convulsiones en la paz social, que se corra el riesgo de perder la identidad o cultura, que se alimente la competencia en el mercado laboral o, incluso, que se introduzcan nuevos factores de criminalidad». FRANCISCO, *Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor. Mensaje para la 100 Jornada mundial del emigrante y del refugiado*, 2014.

interculturalidad como clave para la convivencia humana en este siglo.

2. Fracturas locales con repercusiones globales

La gravedad de este fenómeno global ha sido asumida por el pontificado de Francisco como un signo de nuestros tiempos al que hay que responder con urgencia, pues revela la existencia de fracturas locales con una clara repercusión global. La primera lectura geopolítica y pastoral que hizo el Papa de este fenómeno la ofreció el 8 de julio de 2013 cuando decidió realizar su primer viaje a la isla de Lampedusa, en Italia. Esta isla representa el asiento de una crisis estructural y endémica donde se escucha el clamor de los emigrantes. En Lampedusa Francisco expuso al mundo que lo que está mal no es un simple modelo o gestión, sino el sistema u ordenamiento mundial actual, porque es un modelo que aun cuando ha logrado producir mayor riqueza a nivel global, lo ha hecho generando los niveles más altos de inequidad económica y exclusión social en la historia de la humanidad.

Lampedusa revela que el pobre no es solo el que no tiene, sino el que no tiene cómo tener. De ahí que la opción por los pobres hoy se plantee en términos de *rehabilitación de nuestra condición de sujetos humanos*

al acoger e integrar a los emigrantes que son forzados a salir de sus países huyendo de las guerras o los conflictos internos que ponen en peligro sus vidas. Sin embargo, esto nos pone ante el reto de aprender a «acoger, proteger, promover e integrar» a estas personas en las nuevas realidades en las que son recibidas⁸.

Meses después de la visita de Francisco a esta isla se dio a conocer la *Carta de Lampedusa* en un encuentro que tuvo lugar entre los días 31 de enero y 2 de febrero de 2014. En ella se afirmó la necesidad de transformar las relaciones sociales, económicas, políticas, culturales y jurídicas del actual sistema mundial, reconociendo el derecho a la libertad de movilidad en función de la salvaguarda de la vida, sin exclusión alguna, por motivos de nacionalidad, ciudadanía y/o lugar de nacimiento. En sus líneas se invitó a ver el fenómeno de la diversidad sociocultural de los inmigrantes como un elemento enriquecedor que nos debe retar a construir puentes mediante políticas de integración, de complementariedad, con acciones pastorales que superen las barreras existentes, creando espacios sociales de interculturalidad.

⁸ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el foro internacional sobre «Migraciones y Paz»*, 21 de febrero de 2017.

La posición de Francisco ha sido motivo de discusiones internacionales como las que tuvieron lugar en la primera *Cumbre Humanitaria Mundial* y en la *Cumbre sobre los grandes desplazamientos de Refugiados y Migrantes*. Ambas convocadas por las Naciones Unidas. En ellas se plantearon cuestiones como la integración y la ciudadanía de los migrantes y refugiados⁹. El Papa se ha pronunciado por la asunción del *paradigma de la interculturalidad* como clave hermenéutica para garantizar una verdadera integración:

«es necesario un compromiso común en favor de los inmigrantes, los refugiados y los desplazados, que haga posible el darles una acogida digna. Esto implica saber conjugar el derecho de “cada hombre [...] a emigrar a otros países y fijar allí su domicilio” y, al mismo tiempo, garantizar la posibilidad de una integración de los inmigrantes en los tejidos sociales en los que se insertan, sin que estos sientan amenazada su seguridad, su identidad cultural y sus propios equilibrios políticos y sociales. Por otra parte, los mismos inmigrantes no deben olvidar que tienen el deber de respetar las leyes, la cultura y las tradiciones de los países que los acogen»¹⁰.

⁹ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 220.

¹⁰ FRANCISCO, *Discurso al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 9 de enero de 2017.

Pero su visión y crítica del problema no se ha limitado a los países de acogida. Francisco también ha querido que miremos a los países de origen. En una entrevista concedida a Valentina Alazraki (Televisa, México) el 13 de Marzo de 2015 decía lo siguiente:

«gente no sólo de México sino de Centroamérica, de Guatemala, que cruza todo México, para buscar un futuro mejor. Hoy día la emigración es fruto del malestar en el sentido etimológico de la palabra, fruto del hambre, de buscar nuevas fronteras. Lo mismo sucede en África, con toda esa cruza mediterránea de gente que viene de países que están pasando momentos difíciles, sea por el hambre, sea por las guerras. Pero evidentemente que la migración, hoy día, está muy relacionada al hambre, a la falta de trabajo».

En tal sentido, en noviembre de 2015 realiza una Visita Apostólica a África. Viaja a la República Centroafricana, un país que presenta casi cuatrocientos mil desplazados forzosos y más de dos millones de seres humanos muriendo de hambre. Este pequeño país en el centro de África sufre una mezcla de fractura social, inestabilidad política, fanatismo religioso, fundamentalismo étnico, devastaciones naturales y hambre severa. Todas estas situaciones producen una movilidad forzada de cientos de miles de personas y se repiten en tantos otros

países del continente africano. Pensemos, por ejemplo, en Eritrea cuya población padece un hambre galopante que afecta a más de dos millones de personas y que ha producido la emigración forzada más alta hacia Europa, siguiendo la ruta del Sahara y el mar Mediterráneo en cuyas aguas decenas de miles de personas han dejado sus vidas. O el caso de Burundi, cuyo conflicto político ha desembocado en casi tres millones de personas sin suficiente comida. También está la zona de conflicto permanente que bordea al lago Chad –Camerún, Chad, Níger y Nigeria– que afecta a cerca de veintiún millones de personas, de las cuales seis millones padecen hambruna. Otro caso es la guerra entre distintos grupos armados que lleva más de veinte años azotando a la República Democrática del Congo, donde más de siete millones de personas pueden morir de hambre y generaciones enteras nunca han conocido otra realidad que no sea la guerra. O Sudán, cuyo conflicto armado supera los diez años, con más de seis millones de personas afectadas por el hambre.

Son realidades locales gravemente fracturadas cuyas causas y repercusiones son globales. Cada una de ellas clama a un mundo que, a pesar de la interconexión global existente, se hace cada vez más local y nacionalista en lo relativo a la información que maneja, y al involucramiento en el calvario de la

mayoría pobre que hace vida hoy en día en nuestro planeta.

3. Opción fundamental del creyente

La consecuencia inmediata de este drama global es que va dejando a una gran mayoría de la humanidad *sin posibilidad de tener posibilidades*. Los migrantes, sean refugiados, solicitantes de asilo o personas sin documentos que buscan una mejora en su condición de vida, no sólo son personas desplazadas, sino excluidas del sistema global¹¹ pues:

«ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente “explotados” sino “sobrantes” y “desechables”»¹².

¹¹ Hoy en día «los pobres no son mirados, no se les pregunta nada, ni siquiera se les dirige la palabra, no se los toma en cuenta, no existen para la mayoría, es decir, son positivamente borrados de su mundo en vida». Cf. P. TRIGO, *Echar la suerte con los pobres de la tierra*, Centro Gumilla, Caracas 2015, 12.

¹² CELAM, *Aparecida. Conclusiones de la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y del Caribe*, 65.

El que no existan excluidos de toda *posibilidad para tener posibilidades* tiene que ser una *opción fundamental* en la vida de cada persona. Una opción que podemos explicar en tres dimensiones: teológica, civilizatoria y cristológica.

Primero, y ante todo, es una *opción teológica*¹³. No solo nos obliga a revisar el sentido para el cual estamos llamados a vivir en este mundo¹⁴, sino que nos interpela, primariamente, con todo aquello que se opone a Dios y a su voluntad. El drama de los migrantes, sin pan ni techo, representa un proceso de descreación histórica porque niega la promesa divina original de una tierra donde todos podamos vivir en paz (Dt 27,7; Dt 14,28-29), donde no falte el pan de cada día (Lc 11,3) y no existan motivos para emigrar. En Jesús, Dios se revela como quien quiere que todos –sin precondiciones sociales, económicas, políticas o morales– vivamos bien, con abundancia de bienes civilizatorios que permitan desarrollarnos como sujetos libres y dueños de nuestro destino.

¹³ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 198.

¹⁴ «Somos nosotros los primeros interesados en dejar un planeta habitable para la humanidad que nos sucederá. Es un drama para nosotros mismos, porque esto pone en crisis el sentido del propio paso por esta tierra». FRANCISCO, *Laudato Si'*, 160.

Por ello, es también una *opción civilizatoria*. Plantea el grado de humanidad alcanzado como sociedad global en pro de la construcción de la fraternidad universal proclamada en el art. 1 de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*¹⁵. El magisterio pontificio de Francisco lo explica en los siguientes términos:

«por deber de civilización se recupera también el valor de la fraternidad, que se funda en la nativa constitución relacional de ser humano: «La viva conciencia de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera». La fraternidad es el modo más civil de relacionarse con la presencia del otro, la cual no amenaza, sino que interroga, reafirmar y enriquece nuestra identidad individual»¹⁶.

Este carácter fraterno –y por tanto relacional– del ser humano es lo que permite superar la visión economicista que ha hecho que el

¹⁵ «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros». *Declaración Universal de los DD.HH.*, art. 1.

¹⁶ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el foro internacional sobre «Migraciones y Paz»*, op. cit.

modo de valorar a los objetos materiales sea transferido al modo de tratar a los sujetos humanos. Nos acercamos a los otros en función de su rentabilidad económica y su capacidad de ofrecer beneficios materiales inmediatos¹⁷. La Iglesia latinoamericana ha denunciado cómo esta visión de «la globalización económica ha provocado un empeoramiento de las condiciones de las migraciones»¹⁸. Por ello, ha alentado a «los organismos internacionales del Continente con el fin de establecer un orden económico en el que no domine sólo el criterio del lucro, sino también el de la búsqueda del bien común nacional e internacional, la distribución equitativa de los bienes y la promoción integral de los pueblos»¹⁹.

Hablar de opción civilizatoria significa discernir la especificidad de la propuesta cristiana por el bien del otro a partir del criterio del *bien común*, que consiste en:

«liberarse de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar toda-

vía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruidos; en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más: tal es la aspiración de los hombres de hoy, mientras que un gran número de ellos se ven condenados a vivir en condiciones que hacen ilusorio este legítimo deseo»²⁰.

La Iglesia tiene un especial llamado para redireccionar la historia, para provocar los cambios necesarios en función de la justa atención al actual drama migratorio²¹. Por ello, surge un tercer aspecto de esta opción fundamental, que responde, de modo específico, a la naturaleza de la vocación cristiana. Además de ser teológica y civilizatoria, se trata de una *opción cristo-*

²⁰ PABLO VI: *Populorum Progressio*, 6.

²¹ «El desarrollo de los pueblos y muy especialmente el de aquellos que se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas, de la ignorancia; que buscan una más amplia participación en los frutos de la civilización, una valoración más activa de sus cualidades humanas (...). Una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico obliga a la Iglesia a ponerse al servicio de los hombres para ayudarles a captar todas las dimensiones de este grave problema y convencerles de la urgencia de una acción solidaria en este cambio decisivo de la historia». PABLO VI, *Populorum Progressio*, 1.

¹⁷ PABLO VI, *Populorum Progressio*, 26; PÍO XI, *Quadragesimo anno*, 105-109.

¹⁸ Cf. J. F. BRAIDO, «Migrantes y refugiados en América Latina», en *People on the Move* 93 (2003). V World Congress for the Pastoral Care of Migrants and Refugees (Rome).

¹⁹ JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, 52.

lógica. El cristiano reconoce que ellos –migrantes pobres, enfermos y víctimas– son sacramentos de Cristo; los mismos a quienes Jesús entregó su propia vida pues son los que más padecen y cargan con el peso de este mundo (Lc 17,7-8; Lc 18,18-23). Como recuerda el Vaticano II, la comunidad cristiana «reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y doliente, se esfuerza en aliviar sus necesidades y pretende servir en ellos a Cristo»²².

Lo que está en juego es el rescate de la posibilidad de ser sujetos de nuestra propia historia y enrumbarla hacia una mayor calidad de vida humana²³. Aquella que Dios quiere para cada uno de nosotros. Para entender esto hay que «dejar-nos afectar por la realidad de los pobres»²⁴, de los migrantes. Leer nuestra relación con ellos desde el seguimiento de Jesús: «tuve hambre..., tuve sed..., era forastero..., estaba desnudo..., enfermo y en la cárcel» y «cuanto dejásteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejásteis de hacerlo» (Mt 25,42ss).

²² *Lumen Gentium*, 8.

²³ Cf. P. TRIGO, «Horizonte cristiano de la pastoral de la movilidad» en *Revista Latinoamericana de Teología* 91 (2014) 8ss.

²⁴ J. SOBRINO, «Los signos de los tiempos en la teología de la liberación», en J. M. LERA (ed.), *Fides quae per caritatem operatur. Homenaje a Juan Alfaro S.J. en su 75 cumpleaños*, Bilbao 1989, 262.

Asumido así, el fenómeno migratorio, más allá de su crudeza, puede ser fuente de humanidad, si nos conduce a sacar lo mejor de nosotros mismos, a potenciar relaciones personalizadas, acciones solidarias y gestos de reconciliación e inserción social. Como recuerda Francisco,

«en los fenómenos migratorios, al igual que en otras realidades humanas, se verifica la tensión entre la belleza de la creación, marcada por la gracia y la redención, y el misterio del pecado. El rechazo, la discriminación y el tráfico de la explotación, el dolor y la muerte se contraponen a la solidaridad y la acogida, a los gestos de fraternidad y de comprensión»²⁵.

Este escándalo del cual todos somos cómplices es también una ocasión para mostrar si estamos a la altura de los tiempos y cuán cualitativa es nuestra humanidad. Es una oportunidad para reconocer si nos estamos dejando llevar por el espíritu de Dios que nos invita a sanar y a potenciar la vida, a encontrar posibilidades donde menos las esperamos, en medio de la negatividad del mundo. Se trata de descubrir y acompañar el paso salvífico de Dios en las luchas que llevan adelante los pueblos por

²⁵ FRANCISCO, *Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor. Mensaje para la 100 Jornada mundial del emigrante y del refugiado*, 2014.

mejorar sus condiciones de vida. Como dijeron los Obispos reunidos en *Medellín*: «no podemos dejar de sentir su paso que salva, cuando se da el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, *de condiciones de vida menos humanas a otras más humanas*»²⁶.

Este compromiso por mejorar las condiciones de vida de cada persona, por humanizar nuestras relaciones con los migrantes e incorporarlos en una nueva familia, un nuevo pueblo, es fundamental para la identidad y la misión de la comunidad eclesial, en cuanto ella es signo de unidad y reconciliación²⁷.

4. Opción eclesial

²⁶ CELAM: *Medellín. Conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe*. Introd. 6. También se puede ver *Populorum Progressio*, 20.

²⁷ «La unidad de la Iglesia no se funda en el mismo origen de sus miembros, sino en la acción del Espíritu de Pentecostés que hace de todas las naciones *un pueblo nuevo* (...). Ésta es la razón por que la Iglesia, signo e instrumento de comunión con Dios y de unidad entre todos los cristianos, se siente íntimamente implicada en la evolución de la sociedad de la cual la movilidad humana es un componente relevante». PONTIFICIOS CONSEJOS PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES Y COR UNUM, *Acoger a Cristo en los refugiados y en los desplazados forzosos. Orientaciones pastorales*, 2013, n. 15.

El llamado de Francisco a una Iglesia pobre y de los pobres es una invitación a no mirar la realidad del otro desde la lejanía y la comodidad, sino desde la cercanía de quien sigue al «Mesías de los pobres»²⁸ y lo testimonia al «cambiar la mentalidad individualista dominante, en otra de sentido social y preocupación por el bien común»²⁹.

La vocación de la Iglesia a abrazar a «todas las naciones, razas, pueblos y lenguas» (Ap 7,9) hace necesaria la *conversión pastoral* de las comunidades. Ir a donde están los migrantes y compartir sus dolencias, conocer por experiencia lo que viven, y no dejarnos llevar por la tentación de pensar sobre la realidad de los otros pero sin estar con ellos, sin conocer ni padecer sus mundos de vida. La conversión pastoral es una manera de decir que «se comprende la realidad solamente si se la mira desde la periferia, y no si nuestra mirada es desde un centro equidistante de todo»³⁰. Porque desde dentro es que podemos conocer «la verdad

²⁸ Título usado para referirse a Jesús en dos oportunidades en CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Documento de San Miguel*, Parte III: «Pobreza de la Iglesia», 1969.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ A. SPADARO, «Despierten al mundo», en *La Civiltà Cattolica* 2014 (I) 3-17.

de la realidad»³¹. Así lo explica Francisco:

«el padre Arrupe hablaba de la pobreza y decía que es necesario un tiempo de contacto real con los pobres. Para mí esto es realmente importante: es necesario conocer la realidad por experiencia, dedicando un tiempo para ir a la periferia para conocer de verdad la realidad y lo vivido por la gente. Si esto no ocurre, entonces, se corre el riesgo de ser abstractos ideólogos o fundamentalistas»³².

De este contacto y trato personal nace la verdadera solidaridad que ayuda a superar la tentación del mundo moderno de querer «cauterizar la conciencia» (*Laudato Si* 49) y vivir sin dolencias. Sin esta mirada desde las periferias, desde adentro, la predicación del Evangelio será intrascendente, poco atrayente, sin habilidad para hablarle a un mundo herido e incapaz de ir a la raíz de los verdaderos problemas que lo afectan³³. No

³¹ «Para entender de verdad la realidad, debemos movernos de la posición central de calma y tranquilidad, y dirigirnos hacia la zona periférica. Estar en periferia ayuda a ver y a hacer un análisis más correcto de la realidad, escapando del centralismo y de los enfoques ideológicos». Cf. *Ibid.*

³² *Ibid.*, 4.

³³ «Sin la opción preferencial por los más pobres el anuncio del Evangelio corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras» (*Evan-*

se trata de asumir una posición asistencialista o ideológica. La opción fundamental de estar con el otro, darle acogida y ser solidarios es algo propio de la espiritualidad cristiana. Como dijo Francisco en Paraguay:

«una palabra central en la espiritualidad cristiana, en la experiencia del discipulado: *hospitalidad* (...). Hospitalidad con el hambriento, con el sediento, con el forastero, con el desnudo, con el enfermo, con el preso (cf. Mt 25, 34-37) con el leproso, con el paralítico. Hospitalidad con el que no piensa como nosotros, con el que no tiene fe o la ha perdido, y a veces por culpa nuestra. Hospitalidad con el perseguido, con el desempleado. Hospitalidad con las culturas diferentes. Hospitalidad con el pecador, porque cada uno de nosotros también lo es»³⁴.

La mayor resistencia a esta visión puede estar en el modo como entendemos la salvación. Nos salvamos en «las relaciones sociales entre los hombres», es decir, cada uno pero *en relación con* el pueblo donde vive (*Evangelii Gaudium*, 178). No es populismo aceptar que la ética cristiana proponga que no se salvan los individuos aislados,

geli Gaudium, 199).

³⁴ FRANCISCO, *Discurso en Ñu Guazu. Visita Apostólica al Paraguay*, 12 de julio de 2015.

sin el otro y sin la historia. No existe una salvación fuera de la historia. Por ello, no hay una auténtica hospitalidad que no brote de una vida solidaria, aquí y ahora. Jesús mismo, extranjero e itinerante³⁵, es el modelo de esa *solidaridad fraterna* que salva, que devuelve transcendencia a la vida cotidiana y supera la tentación de consumir nuestro tiempo en la mera sucesión de acciones triviales. Y es que «la solidaridad nace precisamente de la capacidad de comprender las necesidades del hermano y de la hermana en dificultad y de hacerse cargo de ello»³⁶.

El cristiano va más allá del asistencialismo para entablar una *atención amante* que considere al otro como sujeto-hermano³⁷. Esto sólo es posible desde el discernimiento de nuestra opción fundamental. Esa que brota del corazón mismo del Evangelio al invitarnos a anunciar

el derecho que todos tenemos de vivir bien³⁸. En este contexto, la invitación que hace Francisco es a seguir hoy el camino de la comunidad mateana:

«la hospitalidad ofrecida al necesitado de refugio es ofrecida a Jesucristo mismo, identificado en el extranjero: «era forastero y me acogisteis» (Mateo 25,35). Es deber de solidaridad contrastar la cultura del descarte y nutrir mayor atención por los más débiles, pobres y vulnerables. «Se necesita por parte de todos un cambio de actitud hacia los inmigrantes y los refugiados, el paso de una actitud defensiva y recelosa, de desinterés o de marginación —que, al final, corresponde a la cultura del rechazo— a una actitud que ponga como fundamento la *cultura del encuentro*, la única capaz de construir un mundo más justo y fraterno, un mundo mejor»³⁹. ■

³⁵ Cf. PONTIFICIO CONSEJO DE LA PASTORAL PARA LOS EMIGRANTES E ITINERANTES, *Instrucción Pastoral «Erga Migrantes Caritas Christi»*, 15-18.

³⁶ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el foro internacional sobre «Migraciones y Paz»*, *op. cit.*

³⁷ «La atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien» (*Evangelii Gaudium*, 199).

³⁸ FRANCISCO, *I Encuentro Mundial de Movimientos Populares*, Roma 28 de octubre de 2014.

³⁹ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el foro internacional sobre «Migraciones y Paz»*, *op. cit.*